

curra el vulgo de buena ropa con el de capa raída. Esto es claro.

Pero así como de un exterior lucido no se puede inferir un entendimiento ilustrado, así tampoco debes presumir que porque veas las bancas llenas de capas y levitas en tales comedias, van á verlas las personas de fino gusto. Por lo regular éstas no van en esas noches, si ya no es por concurrir con algún amigo ó por lo que se dice pasar el rato.

—Todo eso está muy bueno, dijo Welster; pero dejando la reforma de los teatros para los que tengan el talento y la autoridad necesaria para introducirla, yo quisiera que me dijera usted, señor coronel, si será lícito ó no el frecuentarlos.

—Esa pregunta se la debe hacer cada uno á su director espiritual, contestó el coronel, y seguir ciegamente su dictamen para asegurar su conciencia. Yo, hablando como padre de familia, soy de opinión que de ninguna manera puede ser lícita la frecuencia á los teatros; porque representándose en ellos dramas buenos y malos, es moralmente imposible que dejen de corromperse los espíritus en alguno de los segundos.

A más de esto, todos saben que los cristianos debemos obrar de tal manera, que podamos ofrecer á Dios nuestras acciones y hacerlas meritorias á sus ojos; ¿y quién será el hombre ó mujer arreglada que pueda decir

al Señor:—Dios mío, voy todas las noches á la comedia por amor tuyo?

Pero no tratando ahora de una verdadera perfección, á la que todos debemos aspirar, sino sólo de saber si será pecado ó no ir al teatro, soy de opinión que el frecuentarlo no podrá menos que serlo, siquiera por el peligro á que casi con evidencia se expone el que lo frecuenta; pero no tengo por culpa ir al teatro tal cual vez, con las debidas precauciones y á cierta clase de comedias, en que mi familia, á más de divertirse honestamente, puede sacar algún fruto moral; y siendo la de esta noche una de las mejores piezas de mi gusto, ustedes, después que tomemos chocolate, nos honrarán con su compañía.

—Antes yo quiero, dijo Welster, recibir esa honra de usted y de las señoritas, porque he tomado un palco, y deseara que acompañaran á Carlota.

—Será como usted lo dispusiere, dijo el coronel.

A poco llevaron chocolate, dulce y agua; y luego que refrescamos, nos fuimos á casa de Jacobo y de allí al coliseo con la señorita Carlota.

Muy divertida estuvo Pudenciana en la comedia, aunque de cuando en cuando se incomodaba mucho con el murmullo de la gente, que no dejaba oír lo que le estaba gustando, y decía:

—¿Has visto, papá, qué imprudencia y qué falta de

política la de esos habladores? Si quieren platicar ¿por qué no se irán á una visita ó á un billar y no venirse aquí á incomodar á todo el mundo? ¡Bien haya la política de los ingleses, en cuyos teatros, según me dices, luego que se levanta el telón ya nadie habla sino en voz baja.

Yo la observaba con cuidado, y advertía que cuando le dejaban oír bien, á cada escena mudaba de semblante; pero en la conclusión del drama no pudo contener el llanto.

Después que volvimos á casa, le preguntó el coronel qué le había parecido la comedia. Ella dijo:

—Muy buena, papá; pero ¡qué lástima me dió Eulalia á lo último! ¡Qué triste, qué arrepentida y avergonzada se presentó á su esposo! ¡qué perdones le pidió tan sinceros! ¡con qué humildad se reconoció culpada y qué confusión no le causó la memoria de sus pasados extravíos! ¡Pobrecita! Yo no pude menos que llorar al ver la seriedad con que la trató su esposo Carlos, que no hubiera sido para ella tan cruel la misma muerte, porque no era una seriedad dura ni natural; era una seriedad tierna y forzada en un marido amante y ofendido, en cuyo corazón batallaban á un tiempo el amor y la honra.

—Así es, prosiguió el coronel; Carlos conocía la virtud de su esposa, la amaba; pero no podía sufrir

sobre sí el juicio de los hombres, decidido contra él aunque con preocupación. Había perdonado á Eulalia; él mismo prevendría las disculpas para el perdón; advertía que fué seducida incautamente; estaba satisfecho de su amor y su arrepentimiento; quisiera estrecharla entre sus brazos; pero su honor ultrajado, su mal correspondido amor con la infidelidad de su esposa, se ponían en medio de los dos y no los dejaban estrecharse. ¡Qué situación tan triste para un corazón noble, sensible y enamorado como el de Eulalia!

—Á mí me compadeció demasiado, decía Pudenciana; pero más lástima me daba Carlos. Éste padecía sin motivo, habiendo sido un buen marido. Eulalia padecía, pero con razón. Ella pagaba con humillaciones vergonzosas la facilidad con que se dejó engañar por un ingrato corruptor. Sin embargo, una mujer en este caso sería digna de toda compasión. ¡Ay! ¡Dios me libre, papá, de verme jamás en la infelice situación de Eulalia!

—Este era el fruto que yo quería sacar de la comedia, dijo el coronel; á tí te ha compadecido Eulalia; pero conoces que ella tuvo la culpa de las infelicidades que sufrió; advirtió que había perdido la confianza de un buen marido, hombre de bien y que la había amado tiernamente; reflexionó en todas las desgracias que había echado sobre sí y sobre sus hijos, y agitada por

el incesante grito de su conciencia, arrepentida de su delito, no pudo en la ocasión hacer más sino implorar el perdón de su esposo en medio del dolor y la vergüenza. Si hubiera logrado algunos días las constantes caricias de su infame seductor, tal vez hubiera lisonjeado su delito y entretenido sus remordimientos. No tan pronto hubiera extrañado á su marido ni conocido toda la malicia de su crimen; pero lejos de disfrutar este plácido sueño por algún tiempo considerable, apenas el seductor satisfizo su pasión, cuando huyó de ella, dejándola en brazos de la miseria, de la desesperación y de la infamia.

¡Qué bella lección es ésta, hija mía, para hacerte concebir un justo horror contra el adulterio! Jamás olvides la comedia, si Dios te destinare para casada, ni pienses que este pasaje se queda en una ficción del poeta, ni que es el único en su especie: muchos han acaecido y acaecen todos los días por este estilo. Si fuera lícito exponer sobre el teatro las debilidades de muchas casadas infieles á sus maridos, la vil correspondencia de sus seductores, la agitación de sus espíritus, el detrimento de su honor y los amargos días que tienen que sufrir con sus esposos, aun cuando éstos han tenido la generosidad de perdonarlas, se verían las escenas más tristes y funestas.

Escúchame, hija mía, con atención. Así como las

niñas doncellas honradas tratan de conservar su virginidad, así las jóvenes casadas deben conservar á toda costa la fidelidad conyugal, si piensan con honor. Perdida esta virtud en la casada, no encuentra en ninguna otra con que resarcirla á los ojos de su marido. La hermosura, la riqueza, la discreción, el mujerío y las habilidades de que es susceptible el sexo femenino, son nada en la mujer que una vez le ha faltado á la fidelidad. El, si conoce las leyes del honor, por bueno que sea, verá con desprecio cuantas circunstancias tenga su mujer recomendables, cada vez que se acuerde que le faltó á la fe que le prometió guardar al pie de los altares.

El adulterio es un crimen horrible y mucho más cometido por parte de la mujer. Todas las naciones, aun algún tanto civilizadas, han aborrecido el adulterio y mucho más á las adúlteras. Las leyes penales que han establecido contra ellas las naciones nos confirman en esta verdad. Casi todas son de esclavitud ó muerte, y las nuestras mandan sea entregada la adúltera á disposición del marido; pero la religión tiene modificada esta ley, y así, habiendo queja de parte, la justicia las castiga con reclusiones temporales ó perpetuas.

—¿Y no me dirás, papá, á qué sentencian las leyes al marido en igual caso de adulterio? preguntaba Pudenciana.

Y su padre le contestó:

—Según son las circunstancias, son los castigos; mas por lo regular, después de procurar la separación del concubinato, si la mujer propia solicita divorcio, se le concede, por ser éste uno de los casos de la ley. Dios dice en los *Proverbios* que el hombre que á sabiendas vive con una mujer adúltera es, no sólo necio, sino impío; pero al marido se le obliga á que ministre los alimentos á su mujer y á sus hijos. Esta es la pena que las leyes imponen á los hombres.

—Pues entonces, ¿por qué es tanta crueldad con las mujeres? decía Pudenciana; ¿no es en ese caso tan delincuente la mujer como el hombre? ¿no es igual el pecado? ¿pues por qué á la mujer se la castiga con tanto rigor y al hombre con tanta suavidad?

—Porque no es igual el delito como piensas, es más criminal la mujer que el hombre.

—¿Y en qué está esa mayor criminalidad?

—En que el hombre sólo agravia á la mujer, pero ésta, no sólo agravia, sino que infama al marido y perjudica la prole.

—No lo entiendo.

—Pues yo te lo explicaré más claro, para que toda tu vida mires con horror el adulterio. Al contraer el santo sacramento del matrimonio se prometen el hombre y la mujer una fidelidad mutua mientras vivan, y

esta obligación á que los dos recíprocamente se sujetan es tan estrecha, que siempre que uno y otro faltan á ella cometen un gravísimo pecado. Oye lo que acerca de esto dice Dios en los *Proverbios* por boca de Salomón:

«Horrorízate del adulterio, pues el hurto, que no siempre es pecado grave cuando lo origina la miseria y la grave necesidad del hombre oprimido de la hambre, puede ser compensado por un precio septuplicado; mas el que comete un adulterio, nada puede dar en reparación del daño que ha causado. Cúbrese el delincuente de vergüenza é ignominia, cuya mancha ninguna cosa puede borrar. Pierde también su alma sin remedio, y el esposo ultrajado tarde ó temprano tomará venganza de su agravio.»

Tal es la malicia del adulterio, pecado gravísimo ante los ojos de Dios y que pierde las almas de los adúlteros, sean hombres ó mujeres; y como que el marido y la mujer se juraron una fidelidad inviolable, como te dije, se sigue que siempre que uno de los dos falte á esta prometida fidelidad, ofende y agravia notablemente á su consorte; pero el agravio de la mujer es mayor, porque infama al marido y perjudica á la prole.

Ya has advertido y podrás advertir en el discurso de tu edad que cuando una mujer tiene un marido adúltero, lejos de ser infamada, es compadecida de cuantos la